



SCIREA Journal of Sociology

<http://www.scirea.org/journal/Sociology>

March 31, 2021

Volume 5, Issue 1, February 2021

Revelación: alianza cósmica, mosaica y cristiana

Jorge Peña Vial

Universidad de los Andes, Chile

jpena@uandes.cl

Abstract

They are not the same, although they are related, religion and revelation. Christianity is not a religion among others: it is a revelation and an event. The righteous pagans (Noah, Enoch, Melchizedek, Job), alien to the positive religion that begins with Abraham, discover God in nature and its laws. The Old Testament describes the preparation of Christ first in the cosmic alliance and then in the Mosaic alliance. The Bible tells us the story of mirabilia performed by God both in the cosmos and in history. Ignorance about God is inexcusable. The Incarnation is presented to us as the culmination of that divine action that began at the origins of the world. God does not show himself only as creator, but he establishes an alliance with men: the cosmic alliance, the one made with Abraham and the new and definitive alliance with Jesus Christ, and of this with the Church. God is not a God who keeps silence. The history of salvation is a progressive unveiling of the Trinity.

Keywords: religion, revelation, cosmic alliance, mosaic alliance, Christian alliance, history, event.

Resumen

No son lo mismo, aunque estén relacionados, religión y revelación. El cristianismo no es una religión entre otras: es una revelación y un acontecimiento. Los justos paganos (Noé, Enoc, Melquisedec, Job), ajenos a la religión positiva que se inicia con Abraham, descubren a Dios en la naturaleza y sus leyes. El Antiguo Testamento nos describe la preparación de Cristo primero en la alianza cósmica y luego en la alianza mosaica. La Biblia nos narra la historia de las *mirabilia* realizadas por Dios tanto en el cosmos como en la historia. La ignorancia acerca de Dios es inexcusable. La Encarnación se nos presenta como la culminación de esa acción divina que tuvo comienzo en los orígenes del mundo. Dios no se muestra sólo como creador, sino que establece una alianza con los hombres: la alianza cósmica, la realizada con Abraham y la nueva y definitiva alianza con Jesucristo, y de éste con la Iglesia. Dios no es un Dios que guarda silencio. La historia de la salvación es un desvelamiento progresivo de la Trinidad.

Palabras claves: religión, revelación, alianza cósmica, alianza mosaica, alianza cristiana, historia, acontecimiento.

1. Religión y Revelación

Es importante, a la hora de analizar la peculiaridad de la religión cristiana en el contexto de la religiosidad humana, establecer la diferencia –en la que Guardini ha insistido¹- entre “religión” y “revelación”. La primera de estas denominaciones alude al carácter universal del fenómeno religioso, cuya investigación corre a cargo de las Ciencias de la Cultura y la Historia de las Religiones. En cambio, por Revelación se entiende tanto la manifestación de Dios tal como nos la refiere el Antiguo y Nuevo Testamento, como la respuesta de la que se hace cargo quien la acoge. Estos dos acontecimientos –religión y revelación- cabe distinguirlos pero no separarlos y conviene considerarlos en su mutua relación.

Existen diversas investigaciones comparativas acerca de cómo surge y se desarrolla el fenómeno religioso entre los diversos pueblos, su evolución y conexión con las otras religiones. En este sentido cabe destacar el aporte de la fenomenología de la experiencia religiosa, iniciada por Rudolf Otto en *Das Heilige*², en el que ve lo sagrado como poder, potencia, fuerza (sólo cabe objetarle cierta insistencia en lo irracional de lo sagrado), en su

¹Cfr: Guardini, Romano, *Religion und Offenbarung*, Erkbund-Verlag, Würzburg, 1955; trad. al cast. de José María Valverde, ed. Guadarrama, Madrid, 2º ed., 1964.

²Otto, Rudolf, *Das Heilige*, Bresalu, 1917; trad. al cast. en Alianza editorial, *Lo santo: lo racional y lo irracional en la idea de Dios*, Madrid, 2005.

carácter a la vez “terrible” (*tremendum*) y “fascinante” (*fascinorum*) de lo numinoso. El otro gran aporte procede de un historiador de las religiones, Mircea Eliade³, que introduce la noción de hierofanía. En efecto, si no podemos circunscribir la experiencia de lo numinoso como tal, podemos al menos describir cómo se *manifiesta*. Hierofanía es todo aquello por lo cual lo sagrado *se muestra*. Que una piedra, un árbol manifiesten lo sagrado, o la tempestad y el rayo manifiesten la ira de Dios, quiere decir que esas realidades profanas se convierten en algo distinto. Es la irrupción de “lo Otro”, de lo no terrenal, de lo sagrado, de lo numinoso que se hace presente en la experiencia religiosa. Aquello a lo que alude es a la vez ajeno e incomprensible y, sin embargo, íntimamente familiar. Tanto Buda como Mahoma son genios religiosos tan grandes como Santa Teresa o el Cura de Ars.

Lo que salva en el judaísmo y el cristianismo no es la experiencia religiosa, sino la fe en la Revelación, en la Palabra de Dios. De ahí lo necesario que es distinguir religión de revelación. Ni el judaísmo ni el cristianismo serían exponentes relativamente superiores de la evolución inmanente del genio religioso de la humanidad. Si bien el cristianismo primitivo condenó severamente las religiones paganas, la tradición católica tiene una posición menos negativa y más cauta. Por cierto, condena las perversiones de las religiones paganas: idolatría, panteísmo, gnosticismo, maniqueísmo, y las considera caducas desde que en Cristo ha llegado a su plenitud la revelación de Dios. Pero acepta que en ellas se encuentran auténticos valores religiosos que son expresión de una asistencia que Dios nunca dejó de otorgar al hombre. Así lo declara San Pablo: “Dios permitió que en las generaciones pasadas cada nación siguiera su propio camino; aunque Él no ha dejado de dar testimonio de sí mismo, derramando bienes al enviaros desde el cielo lluvias y estaciones repletas de fruto, y llenándoos de alimento y de alegría el corazón”(Hechos 14, 16-17). Es lo que por su parte han comprobado historiadores de la religión como Eliade y Georges van der Leeuw⁴. Ritos que podrían parecer expresión de una mera superstición, muchas veces fueron manifestación de una religión auténtica. Cuando se rinde culto al sol o a la tempestad eso no siempre implica que adoren fenómenos materiales, sino que las consideran hierofanías, manifestaciones de un poder misterioso. La tormenta puede constituir un símbolo específico de la divinidad porque irrumpe en el curso normal de las cosas como algo que saca al mundo de quicio, lo desencaja. El retumbar del trueno, los rayos, son experiencias que despiertan en el creyente primitivo la fascinación de la reverencia. Al suceder esto sobreviene a la conciencia que el mundo en su

³Eliade, Mircea, *Traité d'histoire des religions*, ed. Payot, 1946; trad. al cast. *Tratado de la Historia de las religiones*, ed. Cristiandad, Madrid, 2001.

⁴Van Der Leeuw, Georges, *La Religion dans son essence et ses manifestations*, ed. Payot, Paris, 1948.

totalidad no es más que una criatura⁵. Ciertamente pueden ser experiencias contaminadas de idolatría y politeísmo, pero eso no impide la presencia de cierto conocimiento y adoración del verdadero Dios.

2. Justos paganos

Por otra parte, el Antiguo Testamento afirma en muchas ocasiones, que fuera de la religión positiva, Dios se ha manifestado a todos los hombres por su Providencia en el mundo de la naturaleza. Así suele hablarse de religión “natural” en el sentido de que muchos han conocido al Dios vivo a través de las manifestaciones de la “naturaleza”, es decir, en el mundo visible, según las enseñanzas de San Pablo. Algunos personajes del Antiguo Testamento, extraños a la religión positiva, la cual comienza con Abraham, conocieron y rindieron culto al verdadero Dios. Es el caso de Noé, que tras el Diluvio levantó un altar e hizo una ofrenda que según las Escrituras agradó a Dios; Henoc, que anduvo con Dios (*Genesis 5, 24*); Melquisedec, cuyo sacrificio al igual que el de Abel, la liturgia lo presenta como prefiguración del Sacrificio de Cristo; Lot, el sobrino de Abraham, pero que no comparte su religión; la reina de Saba de quien Cristo que juzgaría el último día a los judíos infieles; el mismo Job⁶, el viejo sabio indumeo de quien San Gregorio Magno escribió: “No es sin razón que la vida de un justo pagano nos es propuesta como modelo junto a la vida de los israelitas. Nuestro Salvador vino para redimir a los judíos y los gentiles y así quiso ser profetizado por los judíos y los gentiles”⁷. Estos gentiles aparecen como expresión del misterioso advenimiento de Cristo porque, según San Ireneo “el Verbo de Dios nunca ha dejado de estar presente en la raza de los hombres”⁸. Dan fe que entre los paganos han existido sacerdotes santos, reyes santos, justos santos. Cristo, en esos personajes, se halla en camino en la historia, para decirlo con expresión tomada de los Padres de la Iglesia. Porque la Iglesia enseña que no hay salvación sino mediante Cristo y en Cristo. Y dado que la Iglesia es la continuadora de Cristo en la historia, no hay salvación si no en la Iglesia. Esto conviene decirlo porque muchos suelen

⁵Spaemann, Robert, *Meditaciones de un cristiano. Sobre los Salmos 1-51*. Comentario al Salmo 29, trad. al cast. de Fernando Simón Yarza, ed. BAC, Madrid, 2015, pp.225-227. Comenta: “Al contacto con hombres sencillos, uno puede percibir, ante las catástrofes naturales, sienten una especie de satisfacción de que el hombre no lo pueda todo, de que sea dependiente de una fortuna que él no controla. Quien alberga esta vivencia con satisfacción, espontáneamente se siente de parte de Dios” (p. 227). La actitud reduccionista que sólo ve un fenómeno natural explicable por la ciencia no excluye la verdad de la actitud de “asombro”.

⁶Danielou, Jean, *Dieu et Nous*, ed. Grasset, Paris, 1956; trad. al cast. de Silvia Kot, *Dios y nosotros*, ed. Cristiandad, Madrid, 2003, p. 46.

⁷Gregorio Magno, *Libros Morales/1(Moralia in Job)*, ed. Preparada por J. Rico, ed. Ciudad Nueva, Madrid, 1998, Prefacio.

⁸San Ireneo, *Adversus Haereses*, trad. al cast de Jesús Garitaonandia Churrucu, Serie Los Santos Padres, n° 51, ed. Apostolado Mariano, Sevilla, III, 16, 1.

poner el cristianismo en el mismo nivel que las demás religiones. El cristianismo no entra en la historia de las religiones porque no es una religión entre otras. Es una Revelación y un acontecimiento, a los cuales se hallan enfrentados los hombres de todas las religiones. Esto no significa que no se han salvado los hombres que no han conocido a Cristo, sea porque vivieron antes que Él o porque su conocimiento no ha llegado hasta ellos. Es signo que el alcance de Cristo y el de la Iglesia se extiende más allá de la revelación de Cristo y de la expansión de la Iglesia. En todos los tiempos y en todos los países ha habido hombres que han creído en Cristo sin conocerlo y que han pertenecido “invisiblemente a la Iglesia visible”⁹.

3. Alianza cósmica

El Antiguo Testamento nos habla de Israel, el Pueblo elegido, sólo a partir del capítulo XI del Génesis. Todo lo precedente, por así decirlo, se refiere a la historia religiosa de la humanidad antes de Israel. Así puede decirse que el Antiguo Testamento nos describe la preparación de Cristo primero en la alianza cósmica, a la que corresponden los primeros 11 capítulos de la humanidad pagana, y luego en la alianza mosaica. Es que la Biblia nos narra la historia de las *mirabilia* realizadas por Dios tanto en el cosmos como en la historia. Desde el principio nos pone en presencia de un Dios que interviene en la historia humana. La Encarnación se nos presentará como la culminación de esta acción, la cual tuvo comienzo en los orígenes del mundo. En efecto, los primeros artículos del Génesis tienen por objeto hacernos conocer a Dios a través de la revelación cósmica. Dios como creador es el primer rasgo del Dios vivo que se nos presenta. Las maravillas de la creación dan testimonio de su poder, constituyen una hierofanía. Es algo que se reitera en los *Salmos*: “Los cielos pregonan la gloria de Dios y el firmamento anuncia la obra de sus manos” (*Salmo XIX*); el libro de Job nos presenta el poder de la acción de Dios en el cosmos (“¿Dónde estabas cuando Yo cimentaba la tierra?” *Job* 38, 4). El canto *Trium Puerorum* (*Daniel 3, 52-81*) es una liturgia cósmica que celebra y alaba la gloria de Dios en la creación. Dios no se muestra sólo como el Creador sino también como el que establece una alianza (*berith*). La primera alianza, anterior a la mosaica, es la alianza hecha con Noé que corresponde a la religión cósmica y tiene por objeto la fidelidad de Dios en orden a mantener el orden del cosmos. Noé, al igual que Henoc, es un personaje extraño a Israel y perteneciente a una cultura pagana. Tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo lo presentan como un santo. El libro del *Génesis* le dedica tres capítulos y

⁹La expresión es de Charles Journet, *L' Eglise du Verbe Incarné. Essai de Theologie Speculative*, Tomo I, ed. Desclée de Brouwer, Paris, 1955, p.46.

asimismo otros libros lo mencionan como *Isaias*, *Ezequiel*, *Sabiduría*, *Eclesiástico*¹⁰. Su importancia está asociada a la significación del Diluvio en cuanto se convierte en expresión del Juicio de Dios sobre el mundo pecador. También se alude a él en el Nuevo Testamento: “Por la fe, Noé, avisado por Dios acerca de lo que aún no se veía, construyó con religioso temor un arca para la salvación de su familia, y por esta fe condenó al mundo y llegó a ser heredero de la justicia según la fe”(Hebreos 11, 7). La construcción de esa inmensa arca parecía una empresa insensata a los ojos de los hombres porque nada hacía prever un Diluvio. El creyó con la única garantía de la palabra de Dios, perseveró en su tarea a pesar de las apariencias y de la ironía burlona de los hombres que juzgan según las apariencias. El Diluvio denunciará la ilusión de los incrédulos y da testimonio de la realidad de la fe. Asegura que la palabra de Dios constituye un apoyo más sólido que la evidencia de los sentidos. El mismo Cristo nos presenta a Noé como prefigurando la situación de los cristianos frente a la incredulidad de los hombres ante el anuncio del Juicio. Porque también los cristianos al construir la Iglesia, de la cual el arca es una prefiguración, será objeto de la ironía de los hombres. “Lo mismo que en los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre. Pues, como en los días que precedieron al diluvio comían y bebían, tomaban mujer o marido hasta el día mismo en que entró Noé en el arca, y no se dieron cuenta sino cuando llegó el diluvio y los arrebató a todos, así será también la venida del Hijo del Hombre” (Mateo 24, 37-39). El Diluvio al igual que el advenimiento del Hijo del Hombre sobrevendrá de improviso en medio de la despreocupación de los hombres.

Conviene destacar que Noé no fue enviado a un pueblo particular sino a todos los hombres. El anuncio del Juicio por la conducta de los hombres forma parte de la revelación cósmica. De este modo quedan explicitadas las dos notas de la religión cósmica: por una parte, hay un Dios providente que gobierna el mundo, y por otra, Dios recompensa el bien y castiga el mal. No es indiferente ante el pecado. Noé vive en un mundo corrupto hundido en el pecado: “El Señor, al ver cuánto había crecido la maldad del hombre sobre la tierra, y que todos los pensamientos de su corazón tendían siempre al mal, se arrepintió de haber hecho al hombre sobre la tierra, y se entristeció en el corazón” (Génesis 6, 5-7). El pecado es visto como desprecio práctico de la voluntad de Dios. Pero ¿cómo cabe desprecio si supuestamente no se conoce esa voluntad? Es por ello que San Pablo en *Romanos* no duda en considerar que las acciones y la incredulidad de los paganos no se justifica y resulta culpable. Si bien es posible la presencia de justos en el mundo pagano (Noé, Danel, Henoc, Job) también cabe condenar

¹⁰Cfr: *Sabiduría*, 19, 3; *Eclesiástico*, 44, 17; Ezequiel lo nombra entre los que se han salvado junto a Job y Danel (*Ez.* 14, 14)

al mundo pecador. Aunque sea algo extraordinario, es posible el conocimiento del verdadero Dios y cabe practicar la verdadera justicia. Estos precedentes explican la historia del Diluvio. El mundo debe ser destruido porque el pecado domina en él sin contrapeso. Por lo tanto existe incompatibilidad entre la santidad de Dios y el pecado del hombre. El Dios vivo no es sólo potencia creadora y providencia ordenadora, sino también es un Dios celoso que no acepta ni se resigna ante la infidelidad del hombre. También vemos que el pecado del hombre tiene consecuencias cósmicas capaces de acarrear la destrucción del mundo. “La violencia que hay en el corazón humano, herido por el pecado, también se manifiesta en los síntomas de enfermedad que advertimos en el suelo, en el agua, en el aire y en los seres vivientes” (S.S. Francisco, *Laudato Si'*, 2).

En la religión cósmica opera un principio que asocia los bienes temporales con la justicia del hombre, y el orden del mundo está supeditado a esta justicia y rectitud. El pecado del hombre se vincula y acarrea la destrucción del cosmos. Esta concatenación entre justicia y bienes temporales será precisamente la que quedará atrás con Noé y Job. La historia de Noé nos muestra que, si bien el mundo debe ser destruido a causa del pecado, también el mundo puede ser salvado a causa de la justicia. Basta la presencia del justo Noé para que el mundo sea salvado de la destrucción. Frente al pecado que destruye al mundo, la justicia de Noé lo salva. Es lo que dice el *Eclesiastes*: “Noé fue hallado justo, perfecto, y al tiempo de la ira fue motivo de reconciliación: gracias a él un resto fue dejado en la tierra, cuando se produjo el diluvio” (*Ecles.*, 44, 17-18). Es interesante tomar nota de la palabra “resto”, al parecer una de las etimologías de Noé. En todas las etapas de la historia Dios se reservará un resto que constituirá el germen de un pueblo nuevo, de modo que la simiente de la justicia nunca faltará del todo. Un resto de judíos permanecerá fiel cuando tenga lugar la apostasía de Israel y ese resto será la semilla del Nuevo Israel.

Como hemos visto, la alianza que Dios hace con Noé, en el marco de la religión cósmica, se refiere a la fidelidad de Dios de cara al mantenimiento del orden del mundo. No es una alianza con un pueblo determinado sino con la totalidad del cosmos y con toda la humanidad. “He aquí que yo establezco mi alianza con vosotros y con vuestra descendencia; con todo ser vivo que esté con vosotros –aves, ganados y todos los animales de la tierra que os acompañan-, con todo lo que ha salido del arca y con todos los vivientes de la tierra. Establezco, pues, mi alianza con vosotros: nunca más será exterminada toda carne por las aguas del diluvio, ni habrá más diluvio para destruir la tierra” (*Génesis*9, 10-11). Dios se compromete a no destruir la vida en la tierra sean cuales fueren los pecados de los hombres. Esa fidelidad de Dios se manifestará en la regularidad de las leyes del cosmos, de los ciclos

de estaciones. “No volveré más a destruir a todos los seres vivos como acabo de hacer. Sementera y siega, frío y calor, verano e invierno, día y noche, no cesarán mientras dure la tierra” (*Génesis* 8, 22). En los ciclos de las estaciones se podrá apreciar la fidelidad del Dios vivo. San Pablo comentará que esta revelación ha sido dada a todas las naciones porque Dios “no ha dejado de dar testimonio de sí mismo, derramando bienes al enviaros desde el cielo lluvias y estaciones repletas de fruto, y llenándoos de alimento y de alegría el corazón” (*Hechos* 14, 16-17). Aquí radica el fondo verdadero de muchas religiones primitivas que suelen asociar el culto al ciclo de las estaciones. La liturgia tiene un fondo primitivo de carácter cósmico. Se comprueba que las grandes festividades del año litúrgico (Pascua, Pentecostés, Navidad), tras la significación cristiana hay una significación judía, y tras ella una significación cósmica. De este modo las fiestas cristianas se relacionan con todas las religiones. En todos los pueblos, la llegada de la primavera, el fin de las cosechas, la vendimia, los solsticios, han sido celebrados en fiestas. Es la expresión litúrgica de esta revelación cósmica.

Dios refrenda esta alianza con un documento oficial que prueba su compromiso con todas las generaciones: el arco iris. “Esta es la señal de la Alianza que establezco entre vosotros y yo, y con todo ser vivo que esté con vosotros, para generaciones perpetuas: Pongo mi arco en las nubes, que servirá de señal de la alianza entre la tierra y yo. Cuando yo haga nublar la tierra, aparecerá el arco en las nubes, y me acordaré de la alianza entre vosotros y yo, y con todo ser vivo, con toda carne; y las aguas no serán ya más un diluvio que destruya toda carne” (*Génesis* 9, 12-15). Así como el Cordero pascual será el memorial de la alianza mosaica y la eucaristía será “el sacramento de la nueva y eterna alianza”, el arco iris es el memorial y el “sacramento” de la alianza cósmica que persiste bajo las promesas nuevas y mejores. “Esto es para Mí como en los días de Noé: como juré que las aguas de Noé no inundarían más la tierra, así juro no enojarte contigo ni amenazarte” (*Isaías* 54, 9).

En el nuevo orden que comienza tras el diluvio, Dios dará los bienes temporales tanto a los pecadores como a los santos. La correspondencia recíproca entre la retribución terrestre y la justicia ha sido quebrantada. El Dios de la alianza no es un Dios que da la lluvia a los justos y la niega a los injustos, según las palabras del mismo Cristo “que hace salir su sol sobre buenos y malos, y hace llover sobre justos y pecadores” (*Mateo* 5, 45). La anterior lógica exigía la destrucción del mundo ya que el pecado era universal. La existencia de Noé tiene por objeto escapar de esta lógica y donde ya no se trata de destruir al pecador sino de salvarlo. Mediante la alianza con Noé se ha introducido una brecha y escisión en la unión del pecado y del castigo, por donde se hace patente la misericordia con que Dios soporta el pecado a fin de

salvar al pecador. Y si aceptamos que es una obra de misericordia el que el pecado no traiga consigo el castigo, no puede extrañar la contraparte: que el inocente pueda sufrir duras pruebas. Ése es el escándalo de Job. Jesús responde a Job porque comparte su sufrimiento y porque le da sentido al sufrimiento. No es que lo explique porque seguirá siendo un misterio, pero el sufrimiento es el medio que tiene el justo de unirse al pecador, permite al justo asumir el pecado para destruir así el pecado, asumir el sufrimiento para destruir el sufrimiento, se ha hecho pecado para alcanzar el mal en su raíz, de modo que unidos a él seamos liberados del mal. Y será la resurrección de Cristo la respuesta suprema al interrogante que desgarró a Job.

Entre las grandes figuras no judías del Antiguo Testamento se destaca Melquisedec. El *Génesis* le dedica un breve párrafo (14, 18-20); el *Salmo* 109 lo muestra como el modelo del sacerdote eterno y la *Epístola a los Hebreos* le consagra extensos pasajes. Si para los judíos es un enigma, los cristianos vemos en él la imagen del sacerdocio de Cristo y las primicias de la Iglesia universal. “Melquisedec, rey de Salem, que era sacerdote del Dios Altísimo, ofreció pan y vino, y le bendijo diciendo: -Bendito sea Abrán por parte del Dios Altísimo, creador de cielo y tierra” (*Gen.*, 14, 18-19). Conoce al Dios verdadero, no por el nombre de Yahveh, el cual será revelado a Moisés para expresar una nueva alianza con Israel, sino por el del Dios creador, conocido a través de sus obras. Melquisedec no ofrenda un sacrificio expiatorio de la sangre de toros y cabras. Su ofrenda es la pura oblación de pan y vino, un sacrificio de acción de gracias por la victoria de Abraham. Melquisedec, el gran sacerdote de la primera alianza, rinde homenaje a Abraham en quien se inicia una nueva y más elevada alianza. También a orillas del mismo Jordán, Jesús recibirá el bautismo de Juan Bautista, quien comprende que debe dejar paso a Jesús en quien comienza una superior y definitiva alianza.

4. El sacrificio y la religión

El sacrificio es acción religiosa por excelencia, el acto por el cual el hombre reconoce el soberano dominio de Dios sobre todas las cosas. Tal fue el gesto de Abel al ofrecerle las primicias de sus bienes. Dondequiera que hay sacrificio, acción sacerdotal, hay religión. Por la religión el hombre reconoce que pertenece y depende totalmente de Dios. El sacrificio es la manifestación visible, el sacramento de ese acto interior de adoración. En todas las religiones del mundo comprobamos la presencia del sacrificio. Es verdad que puede pervertirse y deformarse dando lugar a la inmolación de niños a Moloch o sacrificar prisioneros a las divinidades aztecas. Pero por torpe, bárbaro y desfigurado que se presente, su motivación

principal consiste en hacer una ofrenda a Dios. Y de esto Melquisedec es la expresión más pura y menos contaminada.

La grandeza de Melquisedec radica en ser figura de quien será el sacerdote eterno y de quien ofrecerá el sacrificio perfecto. Lo proclama el salmo 110: “Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec”. La carta de los *Hebreos* explica con amplitud cómo ese salmo se cumple en Jesucristo, el Hijo de Dios, en cuanto que Él es el sacerdote eterno según el orden de Melquisedec¹¹. Jesús no pertenecía a la tribu de Leví, como tampoco Melquisedec. “Porque este Melquisedec, rey de Salem, sacerdote del Dios Altísimo, salió al encuentro de Abrahán que volvía de la victoria sobre los reyes y le bendijo; y Abrahán le dio el diezmo de todo. Su nombre significa, en primer lugar, rey de justicia, y además, rey de Salem, es decir, rey de paz. Al no tener ni padre, ni madre, ni genealogía, ni comienzo de días ni fin de vida, es hecho semejante al Hijo de Dios, permanece sacerdote para siempre” (*Hebreos 7*, 1-3). La sucesión de sacerdotes en el sacerdocio levítico denotaba su imperfección. “Por lo tanto, si la perfección se realizara por medio del sacerdocio levítico, ya que bajo él fue dada la Ley al pueblo, ¿qué necesidad habría aún de que surgiera otro sacerdote según el orden de Melquisedec y no se denominara según el orden de Aarón? Porque si cambia el sacerdocio, es necesario que tenga también lugar un cambio de la Ley” (*Hebreos 7*, 11-12). San Pablo ve en Melquisedec la figura del sacerdocio de Cristo. Jesucristo es el sacerdote eterno, porque el sacrificio por el ofrecido es válido para siempre y de una vez por todo. Los sacrificios ofrecidos hasta ese momento denotaban el esfuerzo de los hombres para reconocer la soberanía divina. Pero el abismo entre la fragilidad del hombre y la santidad de Dios permanecía infranqueable. Los sacrificios paganos de Melquisedec y los sacrificios judíos de Aarón no penetraban en el santuario. “Pero Cristo, al presentarse como Sumo sacerdote de los bienes futuros a través de un Tabernáculo más excelso y perfecto –no hecho por mano de hombre, es decir, no de este mundo creado- y a través de su propia sangre –no de la sangre de machos cabríos y becerros-, entró de una vez para siempre en el Santuario y consiguió así una redención eterna. Porque si la sangre de machos cabríos y toros y la aspersion de la ceniza de una vaca pueden santificar a los impuros para la purificación de la carne, ¿cuánto

¹¹ “Porque todo sumo sacerdote, escogido entre los hombres, está constituido a favor de los hombres en lo que se refiere a Dios, para ofrecer dones y sacrificios por los pecados (...) De igual modo, Cristo no se apropió la gloria de ser Sumo Sacerdote, sino que se la otorgó el que dijo: «Tú eres mi hijo, /yo te he engendrado hoy». Asimismo, en otro lugar, dice también: «Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec». Él, en los días de su vida en la tierra, ofreció con gran clamor y lágrimas oraciones y súplicas al que podía salvarle de la muerte, y fue escuchado por su piedad filial, y, aun siendo Hijo, aprendió por los padecimientos la obediencia. Y, llegado a la perfección, se ha hecho causa de salvación eterna para todos los que le obedecen, ya que fue proclamado por Dios Sumo Sacerdote *según el orden de Melquisedec*” (*Hebreos 5*, 1-10).

más la sangre de Cristo, que por el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo como víctima inmaculada a Dios, limpiará de las obras muertas nuestra conciencia para dar culto al Dios vivo! Y por esto es mediador de una nueva alianza, de modo que, al haber muerto para redimir las transgresiones cometidas bajo la primera alianza, lo que han sido llamados reciban la herencia eterna prometida” (*Hebreos* 9, 11-15).

Sólo en la plenitud de los tiempos, la acción sacerdotal de Jesucristo, el Hijo de Dios unido a la naturaleza del hombre en la Encarnación, y obediente de la voluntad de Dios hasta la muerte en la Cruz, glorifica a Dios de modo perfecto. Así por medio del sacerdocio único de Jesucristo, son abolidos todos los otros sacrificios. En lo sucesivo ya sólo puede ofrecerse al Padre el sacrificio único de Jesucristo, del cual la eucaristía es el sacramento. Por medio de Él, todos los sacrificios de todas las naciones, todos los esfuerzos del hombre para glorificar a Dios, son llevados al Padre y llegan hasta Él “*per ipsum et cum ipso et in ipso est tibi Deo Patri omnipotenti omnia honor et gloria*”. En el canon de la Misa se menciona el sacrificio de Melquisedec, “*sanctum sacrificium, inmaculatam hostiam*”, lo que demuestra que no sólo se acogen los sacrificios de la religión mosaica, sino que también los del mundo pagano, los que se continúa y asumen en el único gran sacrificio del Sacerdote eterno. Con su acostumbrada lucidez comentará el que será el Papa Benedicto: “Hay algo más que debemos observar en esos personajes: Abel y Melquisedec son –según la manera clásica de hablar– «gentiles», es decir, no pertenecen directamente a la particular historia de la fe de Israel: Abraham es el patriarca de Israel, nuestro padre, según lo llama el canon de la teología paulina. Llegar a ser cristiano significa entrar en la historia de la fe, iniciada con Abraham, y recíbelo así como padre. El sacrificio de Abraham, el que refiere la plegaria eucarística denominada «canon romano», designa la transición de los cultos «gentílicos», al culto purificado de Israel, y con el sacrificio del cordero (que vincula también a Abraham con Abel) se designa el culto cristiano, en cuyo centro se halla el Cordero sacrificado (*Ap. 5,6*)”¹².

Antes de revelarse Dios por medio de Moisés y plenamente a través de Jesucristo, Dios habló a todos los hombres por medio del cosmos y de la conciencia. Las religiones paganas son la expresión de esta primera revelación. Pero recibida por una humanidad cuya inteligencia y conciencia están heridas como consecuencia del pecado original y no iluminadas por una revelación positiva, esa búsqueda es a tientas, con el peligro permanente de desviarse, siendo una revelación imperfecta, incompleta, en las que el error está mezclado con la verdad. Las principales deformaciones a las que se exponen las llamadas religiones “naturales” o

¹² Ratzinger, Joseph, *Fe, verdad y tolerancia. El cristiano y las religiones del mundo*, trad. al cast. de Constantino Ruiz Garrido, ed. Sígueme, Salamanca, 2005, p. 87.

religiones cósmicas son el politeísmo, el panteísmo y el dualismo. La revelación mosaica y la revelación de Jesucristo la superan infinitamente, siendo la religión cósmica una etapa superada en la historia de la revelación. Como dice el sabio colombiano Gómez Dávila: “las religiones serían simples figmentos si no tuvieran todas en el cristianismo su raíz ontológica”¹³.

5. Es inexcusable ignorar la existencia de Dios

El cosmos es también un libro que nos habla de Dios y ese libro es el único del que dispuso la humanidad pagana. Si bien la idolatría es culpable, San Pablo expresamente sostiene que ellos habrían podido conocer a Dios. Afirma la existencia de una perpetua revelación de Dios a través del cosmos, que se dirige a todos los hombres, y agrega que a la revelación exterior se une la revelación interior de la conciencia. Es lugar común entre los Padres de la Iglesia, siguiendo en ello a San Pablo, que Dios ha dejado su señal en su obra y que resulta inexcusable para los hombres pretender ignorar su existencia. La más clara de esas señales es el propio hombre con su inteligencia y su voluntad.

En los *Hechos* se recoge el discurso a los paganos de Listra, quienes al ver a Pablo y Bernabé hacer milagros, los toman por Zeus y Mercurio, y quieren hacerle un sacrificio. San Pablo los insta a apartarse de los ídolos y “que os convirtáis de estas cosas falsas al Dios vivo, el que hizo el cielo y la tierra y el mar y cuanto hay en ellos; que en las generaciones pasadas permitió que cada nación siguiera su propio camino; aunque Él no ha dejado de dar testimonio de Sí mismo, derramando bienes al enviaros desde el cielo lluvias y estaciones repletas de fruto, y llenándoos de alimento y de alegría el corazón” (14, 14-17). Por tanto, existe una revelación dada por el ciclo regular de las estaciones que constituyen el fundamento del culto de las religiones paganas. De ellos nos hablan en extenso las hierofanías investigadas por Eliade y Van Der Leeuw y los mitos de pueblos primitivos que son la “teología” de las religiones cósmicas. Pero los mitos no sólo se refieren al origen primero de las cosas sino también a otras realidades esenciales de la vida, el cultivo de la tierra y la caza de animales, el nacimiento y la entrada en la adolescencia, el matrimonio y el parto, la muerte y el entierro, en fin, toda la vida humana en sus elementos esenciales que se sustraen al mundo profano. Precisamente la relación entre los mitos cósmicos y la revelación bíblica plantea de manera aguda la cuestión de las relaciones entre el cristianismo y el paganismo. Hay mucha semejanza entre los símbolos (agua como purificación, la comida

¹³ Gómez Dávila, Nicolás, *Nuevos Escolios a un texto implícito*, Tomo I, Villegas editores, Bogotá, 2005.

como comunión, el sacrificio y los tiempos cultuales: Pascua, Pentecostés, etc.), pero quizás la diferencia fundamental entre religión cósmica y revelación bíblica es que, en la primera, como hemos visto, Dios se manifiesta en la regularidad de los ciclos estacionales, mientras que en la religión bíblica se revela en la singularidad de los acontecimientos históricos, en intervenciones y acciones históricas de Dios, únicos y universales.

Algo semejante encontramos en el discurso de San Pablo en el Aerópago de Atenas. “Dios que hizo el mundo y todo lo que hay en él, que es el Señor del cielo y la tierra (...) el que da a todos la vida, el aliento y todas las cosas (...) para que buscasen a Dios, a ver si al menos a tientas lo encontraban, aunque no esté lejos de cada uno de nosotros, ya que en él vivimos, nos movemos y existimos, como han dicho algunos de vuestros poetas” (*Hechos* 17, 25-27). Los hombres pueden hallar a Dios, pero esta búsqueda es difícil, a tientas. Mucho más elocuente y sistemático es el texto de la Epístola a los *Romanos*. San Pablo afirma que lo que puede conocerse de Dios (su existencia y su providencia) es manifiesto a los paganos: “Porque lo que se puede conocer de Dios es manifiesto en ellos, ya que Dios se los ha mostrado. Pues desde la creación del mundo las perfecciones invisibles de Dios –su eterno poder y su divinidad- se han hecho visibles a la inteligencia a través de las cosas creadas. De modo que son inexcusables, porque habiendo conocido a Dios no le glorificaron ni le dieron gracias, sino que se envanecieron...” (*Rom.*, 1, 19-22). La mayoría de las naciones han conocido a Dios, aunque frecuentemente han pervertido este conocimiento en idolatría y no han reconocido a Dios tal cual es. Esta apostasía para San Pablo es culpable, aunque algunos hombres hayan reconocido a Dios por lo que es y le hayan rendido gloria. Si bien la apostasía es universal han existido algunos pocos justos, a los que nos hemos referido, que el *Génesis* nos señala antes de Abraham, que al acatar la revelación cósmica, han reconocido al verdadero Dios a través de sus manifestaciones en el mundo y le han rendido el culto debido. Estos son, precisamente, los santos de la alianza cósmica¹⁴.

En la misma Epístola a los Romanos, más adelante, San Pablo sostiene que todo hombre será juzgado según la revelación que han conocido. Y si el gentil o pagano sólo tiene acceso a la ley interior de su conciencia, será juzgado según ella. “Cuando los gentiles, que no tienen la Ley, siguiendo la naturaleza, cumplen los preceptos de la Ley, ellos, sin tener la Ley, son ley para sí mismos. Con esto muestran que tienen grabado en sus corazones lo que la Ley prescribe, como se lo atestigua su propia conciencia y según los acusan o excusan los

¹⁴Danielou, Jean, *Les Saints Paiens De L'Ancien Testament*; trad. Al cast. de Delfin Leocadio Garasa, *Los santos paganos del Antiguo Testamento*, ed. Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1960.

razonamientos que se hacen unos a otros, y así se verá el día en que, según mi evangelio, Dios juzgue las cosas secretas de los hombres, por medio de Jesucristo” (*Rom.*, 2, 14-16).

Por último, conviene citar un último texto de *Hebreos* en el que hace un elogio de la fe. Es lo único que salva, y la primera fe que consigna es la de la revelación cósmica: “Por la fe, sabemos que el universo fue formado por la palabra de Dios, de modo que las cosas visibles llegaron a la existencia a partir de lo invisible” (11, 3). “Sin fe, en efecto, es imposible agradarle, porque el que se acerca a Dios debe creer que existe y que premia a quienes le buscan” (11,7). Conviene destacar el papel de la Palabra de Dios, porque la experiencia religiosa de Dios se ofrece espontáneamente mucho más como presencia confusamente sentida que como respuesta a problemas cuando nos enfrentamos con las vastedades del océano, con el puro silencio de las montañas, con la vida misteriosa del cielo estrellado. Pero otra cosa es saber que todo eso fue formado por la Palabra de Dios y que Él además ha hablado a los hombres en la historia.

6. Alianza mosaica y cristiana: la Palabra y el acontecimiento histórico

Si tenemos en cuenta ahora el período hebreo de la alianza mosaica que comienza con Abraham, no deja de ser sorprendente la constancia y persistencia de la lucha librada por los profetas de Israel contra los cultos cananeos, contra los ídolos de Baal y Astarté, contra los mitos de la vegetación, de la agricultura y en general contra todo lo sagrado natural y cósmico. Todo ello, a pesar de lo que hemos planteado acerca de la validez de la religión cósmica, al menos en algunos personajes del Antiguo Testamento. Pareciera que en la fe judía es la “palabra” de Dios lo que prevalece sobre lo “numinoso”, por emplear un término consagrado en la fenomenología de la religión. Es verdad que lo “numinoso” no falta en la revelación de la zarza ardiente ni en el Sinaí. Pero lo “numinoso” es sólo el telón de fondo sobre el cual se destaca la palabra de Dios. La revelación judía otorga un papel central al acontecimiento histórico que irrumpe en el tiempo. Esta visión fundamentalmente histórica de la realidad es la gran diferencia con la actualización ritual de las cosmogonías. Estamos frente a una teología de la historia del todo distinta a una teología cósmica¹⁵. El rito judío y el sacramento cristiano se relacionan con acciones históricas por parte de Dios. El concepto de acontecimiento sustituye el enfoque cíclico del mundo como un eterno recomenzar por un enfoque histórico en el que el tiempo adquiere un sentido. El acontecimiento de la salida de

¹⁵Cfr: Neher, André, *La esencia del profetismo*, ed. PUF, Paris, 1955; trad. al cast, en ed. Sígueme, Salamanca, 1975.

Egipto y el de la Resurrección son acontecimientos históricos que suceden sólo una vez¹⁶. Esta revelación se refiere esencialmente a acciones divinas. Y esas manifestaciones no son reiterables como en la alianza cósmica, sino intervenciones singulares, únicas de Dios en la historia humana, cuyo conjunto constituye la historia de la salvación.

Muchas personas pueden admitir la existencia de Dios pero se niegan a aceptar una revelación positiva. No reconocen en el hecho cristiano una realidad diferente al hecho religioso general. No encuentran motivos suficientes para responder con la adhesión propia de la fe. Ésta tiene por objeto afirmar que Dios interviene en la historia humana. Esos son los hechos que relata la Biblia, que propiamente es una historia, la historia de las obras de Dios. Esas obras son la elección de Abraham, la liberación del pueblo de Israel cautivo en Egipto, la revelación de Dios en el Sinaí, su permanencia en el templo de Jerusalén y, en forma eminente y cimera, la Encarnación del Verbo y la Resurrección de Cristo. Seguimos viviendo de esta historia santa. La venida del espíritu Santo en Pentecostés inaugura las obras de Dios en la Iglesia que continúa la obra de Cristo en el mundo a través de los sacramentos y su acción evangelizadora en procura de la salvación de las almas. Esta historia tendrá su término en el Juicio, en la Parusía de la que nos habla el *Apocalipsis*. La perspectiva judía y cristiana del mundo es la historia de una salvación, que tiene un comienzo y un final, y que lleva a la realización de la ciudad futura.

Ese designio salvífico se despliega con Pedagogía divina: la preparación corresponde al Antiguo Testamento y la elección del Pueblo elegido; la Encarnación y la Resurrección del Verbo son los acontecimientos decisivos, que ya se han cumplido; el tiempo de la Iglesia es éste en que los efectos de la Resurrección del Verbo, su triunfo sobre el pecado y la muerte resuenan sobre toda la humanidad; el Juicio será la instauración definitiva del Reino de Dios. En definitiva, es la Alianza de Dios con los hombres que nos manifiesta un mismo designio: la alianza cósmica, la alianza con Abraham, la nueva y definitiva alianza con Jesucristo, la alianza de Jesucristo con la Iglesia y la alianza bautismal.

¹⁶ En cambio, el rito, en el que se narra el mito, es una reactualización imitativa, no de las realidades del cosmos físico, sino de los gestos arquetípicos de las acciones divinas realizadas en el tiempo primordial. “Por medio de cualquier ritual, y por lo tanto por medio de cualquier gesto significativo, lo primitivo se inserta en el tiempo mítico, porque la época mítica no debe considerarse simplemente como un tiempo pasado, sino como presente y también futuro, como un estado y un período. Este período es creador, en el sentido de que fue entonces cuando tuvieron lugar la creación y la organización del cosmos, al igual que la revelación de todas las actividades arquetípicas. Un rito es la repetición del tiempo original” (Eliade, M., *Tratado de la Historia de las religiones*, ob. cit., pp. 338-339). “¡Qué maravillosa certeza es que la vida de cada persona no se pierde en un desesperante caos, en un mundo regido por la casualidad o por ciclos que se repiten sin sentido!” (S.S. Francisco, *Laudato Si'*, n° 65).

Dios no es sólo el creador del cosmos, no es pura naturaleza, no es un Dios que guarda silencio. Es un Dios que entra en la historia, que viene al encuentro del hombre, y precisamente por eso, el hombre puede ir al encuentro de Dios. El hombre puede unirse a Dios, porque Dios en Jesucristo se unió al hombre. Donde Dios es visto únicamente como origen del universo, como creador de las leyes inalterables de la naturaleza que se mantiene alejado de toda actividad humana, allí puede adoptarse una actitud estoica frente a lo que a uno le contraría. Se trataría simplemente de una manifestación irrevocable de un Logos impersonal y eterno. El destino de los mortales no entra en consideración. Esto no ocurre con el judío o el cristiano. Ellos disponen de una promesa y tienen una Alianza con Dios. Ha sido Dios en su misericordia el que ha fundado la esa Alianza. “No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros” (*Jn.*, 15, 16). Una vez que la Alianza existe, Dios se ha comprometido y ha subido a la barca con nosotros. Le concierne el destino de su Pueblo y de su Esposa. El orante judío y cristiano se sabe inmerso en una Alianza eterna con Dios, tiene por seguro que su vida *sí* tiene importancia, y ello porque Dios mismo quiere que la tenga. Ante el mal y la angustia se encuentra más perplejo que el estoico y es su fe la que le lleva a “ofrecer con gran clamor y lágrimas oraciones al que puede salvarle de la muerte” (*Hebreos 5, 7*). Los dos aspectos de la religión que hasta entonces estaban desligados, la naturaleza dominante eternamente y la necesidad de salvación del hombre que sufría y luchaba, ahora estaban unidos entre sí.

7. Los Padres de la Iglesia y la síntesis entre razón y fe

San Pablo, el apóstol de los gentiles, comprendió bien la situación de los paganos a quienes presentaba el mensaje de Cristo. Como judío convertido veía en el cristianismo no la destrucción sino la realización de su fe y la historia de su pueblo. Asimismo, los paganos que reconocían a Cristo no tenían conciencia de estar renegando de lo mejor de su cultura, sino por el contrario, de haber alcanzado su plenitud. Para ellos había verdaderos valores en la tradición cultural en la que habían sido educados, sobre todo la que se deriva de sus filósofos. Incluso llegaron a pensar que algunos filósofos (Sócrates, Platón) tuvieron una revelación paralela al Antiguo Testamento, una preparación de Cristo en el alma pagana. Esta consideración será frecuente en los primeros Padres de la Iglesia. Es el caso de Justino, que era un filósofo que había buscado ardientemente la verdad en los diferentes pensadores griegos y, finalmente, la encontró en Cristo. Para Justino el cristianismo representaba la

plenitud de la verdad cuyos fragmentos parciales ya eran conocidos por los filósofos paganos. “Todos los principios justos que han descubierto los filósofos y los legisladores los deben a lo que han contemplado parcialmente del Verbo. Así la doctrina de Platón no es extraña a la de Cristo, tampoco las de los otros, estoicos, poetas, escritores. Pero cada uno de ellos sólo ha podido expresar una verdad parcial”¹⁷. San Justino es muy audaz al asimilar los santos del paganismo (Sócrates) a los santos del judaísmo, Abraham y Elías. Estas ideas de Justino las desarrolla Clemente de Alejandría, quien también piensa que Dios no ha abandonado a los paganos. “O bien el Señor no se preocupa de todos los hombres –sea porque no puede, lo cual sería señal de impotencia, sea porque, aunque puede, no lo hace, lo cual sería contrario a su amor-; o bien se preocupa de todos –y esto es lo que corresponde al Señor de todos-. Así ha repartido sus beneficios, según las aptitudes de cada uno, a los griegos y a los bárbaros. A unos les dio la Ley, a los otros la filosofía”¹⁸. Y concluye: “Así el Dios único ha sido conocido paganamente por los griegos, judaicamente por los judíos, espiritualmente por los cristianos”¹⁹. De este modo se da una doble preparación del evangelio, una en el mundo judío mediante la Ley, otra en el mundo griego mediante la filosofía. Pero la filosofía es sólo una verdad imperfecta. Ha sido dada por Dios a los griegos mediante los ángeles inferiores”²⁰, y sólo en Cristo, que es el Verbo, el rey de los ángeles brilla en su plenitud.

Será Santo Tomás el que fijará la doctrina al señalar que sólo hay salvación mediante Cristo y mediante la fe en Cristo. Esto excluye la posibilidad de que el hombre pueda salvarse por las simples fuerzas de su naturaleza. Y es precisamente Santo Tomás, el que más ha enfatizado en el importante concepto de naturaleza teleológica, el que comprende que el hombre o pertenece al mundo de la gracia o bien al mundo del pecado. “Si hay quienes se han salvado, sin que se les haya hecho ninguna revelación, no se han salvado sin la fe en el Mediador; pues aunque no hayan tenido una fe explícita en Él, han tenido una fe implícita, en la medida en que han creído en la divina Providencia; por eso mismo ellos creían que Dios sería el liberador de los hombres con los procedimientos que quisiera”²¹.

Esta síntesis entre la religión judeo cristiana y de la filosofía griega, aspecto central de la cultura occidental, ha sido un tema medular de la teología de Joseph Ratzinger, solemnemente confirmada en *Fides et Ratio*. Al respecto son muchos y brillantes los textos del que va a ser el Papa emérito, Benedicto XVI. Se vale de las tres clases de teología

¹⁷Justino, *Apología.*, 11, 10, 1-3.

¹⁸Clemente de Alejandría, *Stromata. VI-VIII (Vida intelectual y religiosa del cristiano)*, ed. preparada por Marcelo Merino, ed. Ciudad Nueva, Madrid, 2006, VII, 2.

¹⁹Ibidem, *Strom.*, VI, 5.

²⁰*Strom.*, VII, 2.

²¹Tomás de Aquino, S. Th., II, II, 2, 7.

(comprensión y explicación de lo divino) distinguidas por Varrón: la *teología mítica* (de los poetas que componen cantos de los dioses y su lugar es el teatro que tenía una función religiosa y cultural); la *teología civil o política* (que tenía una función civil en la ciudad, los dioses de la *urbs* con un culto con finalidad política) y la *teología natural* (los filósofos, los pensadores, los cuales van más allá de las costumbres e indagan sobre la verdad de Dios y se ocupan del fundamento del cosmos). San Agustín no duda en situar el cristianismo en el ámbito de la “teología física”, en el ámbito de la ilustración filosófica. Esto se haya en perfecta continuidad con los primeros teólogos del cristianismo, los apologistas del siglo II como Justino y Clemente de Alejandría y con el capítulo primero de la Carta a los Romanos que hemos citado. Según esto, el cristianismo tiene sus precursores y su preparación interna en la ilustración filosófica, no en las religiones sino en el análisis racional de la realidad. Es lo que plantea San Pablo en el Aeoropago cuando en su discurso se presenta con la pretensión de ser la *religio vera* que adora al Ser que constituye el fundamento de todo cuanto existe. Es lo que escribe el que será Benedicto XVI: “Puesto que el cristianismo se entendía a sí mismo como victoria de la desmitologización, como victoria del conocimiento y, con él, como victoria de la verdad, por esta misma razón el cristianismo tuvo que considerarse a sí mismo como universal y como destinado para todos los pueblos: no como una religión específica que desplaza a otras, no como una religión que se alza con una especie de imperialismo religioso, sino como la verdad que hace que la apariencia sea superflua. Y precisamente por este motivo el cristianismo tuvo que aparecer como intolerable ante la amplia tolerancia de los politeísmos; más aún como hostil a la religión, como «ateísmo»: el cristianismo no admitía la relatividad de las imágenes, ni que éstas fueran intercambiables, y con ello perturbaba principalmente la utilidad pública de las religiones y ponía en peligro los fundamentos del Estado, ya que no pretendía ser no una religión entre otras religiones, sino la victoria que había triunfado sobre el mundo de las religiones”²².

8. El cristianismo como *religio vera*

El aspecto que diferencia radicalmente la fe cristiana respecto del amplio mundo de las religiones estriba en que esa fe se proclama y presenta como la religión de la verdad. Nos asegura que nos dice la verdad acerca de Dios, del mundo y del hombre. “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (*Jn.*, 14, 6): en estas palabras se expresa la pretensión fundamental de la fe cristiana. No es la expresión de una determinada cultura, la occidental, sino que su validez

²²Ratzinger, J., *Fe, verdad y tolerancia*, ob. cit., p. 149.

es universal, válida para todos los hombres y todas las culturas. Por eso es que la cuestión de la verdad ocupar un lugar central para la fe cristiana; de ahí deriva su inevitable relación con la filosofía. Fue el principal objetivo que persiguió la Encíclica *Fides et Ratio*: rehabilitar la cuestión de la verdad en un mundo culturalmente caracterizado por el relativismo. Se nos ha concedido graciosamente el don esencial de la verdad en Cristo. Precisamente el atractivo del cristianismo, como religión verdadera y universal, consiste en la síntesis entre la razón y la fe, la fe y la vida, la unión entre el *Ipsum Esse* (Yo Soy) del Sinaí con el *Ego Sum Caritas* de San Juan²³. “Nosotros hemos creído en el amor” (*I Jn.*, 4, 16). El mismo Cristo, como amor creador, une tanto el aspecto cósmico de la religión que nos lleva a adorar al creador donante del ser, como la cuestión de la redención y salvación de cada persona. “Aquí se muestra algo asombroso –dice Ratzinger- los dos principios fundamentales del cristianismo, que aparentemente son contrarios– la vinculación con la metafísica y la vinculación con la historia- se condicionan mutuamente y forman un todo: los dos juntos constituyen la apología del cristianismo como *religio vera*”²⁴. La verdad del cristianismo no es excluyente sino acogedor de todo lo bueno, bello y noble que podemos experimentar en este mundo. Así lo aconseja San Pablo: “Tomad en consideración todo cuanto hay de verdadero, de honorable, de justo, de íntegro, de amable y de encomiable; todo lo que sea virtuoso y digno de alabanza, tenedlo en estima” (Flp., 4, 8).

“En diversos momentos y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas. En estos últimos días nos ha hablado por medio de su Hijo, a quien constituyó heredero de todas las cosas y por quien hizo el universo” (*Hebreos* 1, 1-2). Esta es la única cuestión: saber si Dios ha hablado y dónde está presente su palabra en el mundo. Por eso la lectura de la Biblia es la fuente de la Revelación y el punto de partida de la fe. El lugar del acontecimiento de la Palabra de Dios tuvo lugar con el Pueblo de Dios, Israel, y por medio de los profetas de Israel, Dios habló primero. Luego el lugar de la palabra es el mismo Cristo, que *es* la Palabra, el Verbo de Dios, el rostro humano de Dios y en quien se revela plenamente. Por último, el lugar de la Palabra es la Iglesia, el nuevo Pueblo de Dios quien la conserva y expone su infalible tradición.

Romano Guardini, recuerda Joseph Ratzinger, señala un aspecto importante a tener en cuenta en la fe cristiana, más aún de la fe bíblica: no emerge del propio interior, sino que viene sobre nosotros desde fuera. El cristianismo, la fe cristiana, no es producto de nuestras experiencias

²³ *I Jn.*, 4, 8: “Aunque nada más se dijera en alabanza del amor en todas las páginas de esta Epístola –exclama San Agustín-; aunque nada más se dijera en todas las páginas de la Sagrada Escritura, y únicamente oyéramos por boca del Espíritu Santo «Dios es amor», nada más deberíamos buscar” (*In Epist. Joann. ad Parthos*, VII, 5).

²⁴ Ratzinger, J., ob. cit., p. 152.

internas, sino un acontecimiento que llega hasta nosotros desde fuera. Es alguien que nos sale al encuentro, por lo que el concepto de experiencia no es lo decisivo. Si bien produce en nosotros una experiencia, ésta es fruto de un suceso, no de profundizar en lo propio. “Esto es lo que significa precisamente el concepto de revelación: lo no propio que acontece en lo propio llega hasta mí, me arranca de mí mismo, me eleva sobre mí, crea lo nuevo. Esto está relacionado asimismo con la historicidad de lo cristiano, que se basa en acontecimientos y no en la percepción de la profundidad del propio interior, a la que luego se llama «iluminación». La Trinidad no es objeto de nuestra experiencia, sino algo que ha de decirse desde el exterior, algo que –como una revelación- llega a mí desde fuera. Lo mismo se aplica a la encarnación de la Palabra (el Verbo): encarnación que es precisamente un acontecimiento y que no puede hallarse en una experiencia interior. Este venir desde el exterior resulta del todo escandaloso para el hombre que aspira a la autarquía y a la autonomía: es una exigencia excesiva para cada cultura: cuando Pablo dice que el cristianismo es escándalo para los judíos y necedad para los gentiles (*I Cor.*, 23), quiere expresar lo peculiar de la fe cristiana, que llega a *todos* desde el exterior”²⁵.

La Palabra de Dios presenta rasgos excepcionales de sentido, santidad y fecundidad, de una elevación sublime que humanamente no se explica. En el centro de la revelación se encuentra la santidad, sabiduría y poder eminente de Cristo, que reivindica para sí su condición divina. En el Evangelio sus discípulos no dudan en reconocer en él al Hijo de Dios mientras que sus enemigos lo califican de blasfemo. No hay otra alternativa: o es un loco por lo desmesurado de todo lo que dice, exige y se atribuye, o es efectivamente quien dice ser quien es.

En las sucesivas alianzas ha sido el amor divino el que ha tomado la iniciativa primera. Es un amor creador que dona el ser a las personas para comunicarles sus bienes. La bondad de las personas es el resultado de su amor. La teología de la gracia no cesará de enfatizar que nuestra principal actividad es la de responder y no poner obstáculos a la acción de la gracia en cada uno. “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó primero” (*I Jn.*, 4, 10). No espera que el hombre se vuelva hacia él, sino que sale a encontrarlo. “Porque Yo, el Señor, tu Dios, soy un Dios celoso” (*Ex.*, 20, 4-5). Los celos de Dios nos revelan el valor que Dios le adjudica a la respuesta personal de cada uno.

Así como el Antiguo Testamento nos revela al Dios único que hace alianza con Israel y lo arranca de los ídolos, el Evangelio nos pone en presencia del Dios trino que se manifiesta en Jesucristo. Era preciso que el monoteísmo de Dios se arraigara profundamente en una

²⁵ Ratzinger, Joseph, *Fe, verdad y tolerancia*, ob. cit., pp. 80-81.

humanidad proclive al politeísmo, para que desde el interior de esa unidad pudiera manifestarse sin peligro la Trinidad de las Personas. “Era necesario proceder por perfeccionamientos sucesivos, por ascensiones como dice David; era necesario avanzar de claridad en claridad, por medio de progresos y avances cada vez más brillantes, para ver brillar la luz de la Trinidad”²⁶. La historia de la salvación puede considerarse como un desvelamiento progresivo de la Trinidad. La luz que irradia del rostro del Padre era demasiado abrumadora para que pueda ser vista por un simple mortal. Sólo en Jesucristo se torna visible el rostro humano de Dios. Será el Nuevo Testamento el que dará a conocer a las Tres Personas. Toda la historia de la salvación es obra de la Trinidad, pero cada una de las personas actúa según su modalidad: “El Padre se complace y ordena, el Hijo opera y crea, el Espíritu Santo nutre y hace crecer, y poco a poco el hombre progresa hacia la perfección”²⁷. El Nuevo Testamento nos revela a Cristo, que es Dios, y es distinto al Padre, nos muestra al Espíritu Santo, que es Dios, puesto que da la vida de Dios, y es enviado por el Padre y el Hijo. “Dios es amor, quien está en el amor permanece en Dios y Dios permanece en él” (*I Jn.*, 4, 16). Dar la vida por otro significa amarlo con el amor más grande: “Nadie tiene un amor más grande que el que da la vida por sus amigos (*Jn.*, 15, 13). Así nos ama Dios. La Cruz es la declaración de amor de Dios por nosotros, la revelación del corazón divino. La razón por la que Dios nos ama tanto es que Dios es en sí mismo amor. El Padre y el Hijo viven un amor tan rico y fecundo que se hace substancia en una Tercera Persona, el Espíritu Santo. El Espíritu es Aquel en el que Su amor está siempre abierto a darse, a “salir de sí”: por esto el Espíritu es llamado don de Dios, fuente viva del amor, fuego que enciende en nosotros la capacidad de devolver amor con amor. Y por eso aletea sobre la creación en el primer amanecer del mundo y sobre la nueva creación, de la que es signo y promesa la Iglesia, en el día de Pentecostés. San Agustín solía decir “ves la Trinidad, si ves el amor”; y vemos el amor si miramos a la Cruz donde el Padre ofrece por nosotros al Hijo, mientras el Espíritu –que el evangelio lo representa en forma de paloma- está entre ellos. La Cruz es la explicación de la Trinidad de Dios, la revelación del infinito amor. Por eso algunos cuadros y pinturas suelen representar a la Trinidad con un Dios Padre que sostiene entre sus brazos el leño de la Cruz, del que cuelga el Hijo abandonado, mientras la paloma del espíritu une y separa a ambos²⁸.

²⁶Gregorio de Nacianzo, *Discursos I-XV*, edición preparada por Marcelo Merino, ed. Ciudad Nueva, Madrid, 2015, V, 2.

²⁷Ireneo, *Adversus haereses.*, 4, 38, 3.

²⁸Cfr: Forte, Bruno, *La Iglesia de la Trinidad*, trad. al cast. de Alfonso Ortiz García, ed. Secretariado Trinitario, Salamanca, 1996

Esta Revelación Trinitaria que nos trae el Nuevo Testamento, constituido por las palabras y la persona de Cristo, fue confiado por él a los apóstoles y a sus sucesores. La tarea de la Iglesia consiste en la custodia y promulgación autorizada de esas enseñanzas conservadas en la Tradición y las Escrituras. Sólo hay una Revelación, la que fue hecha a los apóstoles, y por eso ese tiempo histórico es único y privilegiado. Es esa Revelación la que se hace infaliblemente presente en el tiempo de la Iglesia por medio de su Magisterio.

References

- [1] Cfr: Guardini, Romano, Religion und Offenbarung, Erkbund-Verlag, Würzburg, 1955; trad. al cast. de José María Valverde, ed. Guadarrama, Madrid, 2º ed., 1964.
- [2] Otto, Rudolf, Das Heilige, Bresalu, 1917; trad. al cast. en Alianza editorial, Lo santo: lo racional y lo irracional en la idea de Dios, Madrid, 2005.
- [3] Eliade, Mircea, Traité d'histoire des religions, ed. Payot, 1946; trad. al cast. Tratado de la Historia de las religions, ed. Cristiandad, Madrid, 2001.
- [4] Van Der Leeuw, Georges, La Religion dans son essence et ses manifestations, ed. Payot, Paris, 1948.
- [5] Spaemann, Robert, Meditaciones de un cristiano. Sobre los Salmos 1-51. Comentario al Salmo 29, trad. al cast. de Fernando Simón Yarza, ed. BAC, Madrid, 2015, pp.225-227. Comenta: "Al contacto con hombres sencillos, uno puede percibir, ante las catástrofes naturales, sienten una especie de satisfacción de que el hombre no lo pueda todo, de que sea dependiente de una fortuna que él no controla. Quien alberga esta vivencia con satisfacción, espontáneamente se siente de parte de Dios " (p. 227). La actitud reduccionista que sólo ve un fenómeno natural explicable por la ciencia no excluye la verdad de la actitud de "asombro".
- [6] Danielou, Jean, Dieu et Nous, ed. Grasset, Paris, 1956; trad. al cast. de Silvia Kot, Dios y nosotros, ed. Cristiandad, Madrid, 2003, p. 46.
- [7] Gregorio Magno, Libros Morales/1(Moralia in Job), ed. Preparada por J. Rico, ed. Ciudad Nueva, Madrid, 1998, Prefacio.
- [8] San Ireneo, Adversus Haereses, trad. al cast de Jesús Garitaonandia Churrucu, Serie Los Santos Padres, nº 51, ed. Apostolado Mariano, Sevilla, III, 16, 1.

- [9] La expresión es de Charles Journet, *L' Eglise du Verbe Incarné. Essai de Theologie Speculative*, Tomo I, ed. Desclée de Brouwer, Paris, 1955, p.46.
- [10] Cfr: Sabiduría, 19, 3; Eclesiástico, 44, 17; Ezequiel lo nombra entre los que se han salvado junto a Job y Danel (Ez. 14, 14)
- [11] “Porque todo sumo sacerdote, escogido entre los hombres, está constituido a favor de los hombres en lo que se refiere a Dios, para ofrecer dones y sacrificios por los pecados (...) De igual modo, Cristo no se apropió la gloria de ser Sumo Sacerdote, sino que se la otorgó el que dijo: «Tú eres mi hijo, /yo te he engendrado hoy». Asimismo, en otro lugar, dice también: «Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec». Él, en los días de su vida en la tierra, ofreció con gran clamor y lágrimas oraciones y súplicas al que podía salvarle de la muerte, y fue escuchado por su piedad filial, y, aun siendo Hijo, aprendió por los padecimientos la obediencia. Y, llegado a la perfección, se ha hecho causa de salvación eterna para todos los que le obedecen, ya que fue proclamado por Dios Sumo Sacerdote según el orden de Melquisedec” (Hebreos 5, 1-10).
- [12] Ratzinger, Joseph, *Fe, verdad y tolerancia. El cristiano y las religiones del mundo*, trad. al cast. de Constantino Ruiz Garrido, ed. Sígueme, Salamanca, 2005, p. 87.
- [13] Gómez Dávila, Nicolás, *Nuevos Escolios a un texto implícito*, Tomo I, Villegas editores, Bogotá, 2005.
- [14] Danielou, Jean, *Les Saints Paiens De L' Ancien Testament*; trad. Al cast. de Delfín Leocadio Garasa, *Los santos paganos del Antiguo Testamento*, ed. Carlos Lohlé, Buenos Aires, 1960.
- [15] Cfr: Neher, André, *La esencia del profetismo*, ed. PUF, Paris, 1955; trad. al cast, en ed. Sígueme, Salamanca, 1975.
- [16] En cambio, el rito, en el que se narra el mito, es una reactualización imitativa, no de las realidades del cosmos físico, sino de los gestos arquetípicos de las acciones divinas realizadas en el tiempo primordial. “Por medio de cualquier ritual, y por lo tanto por medio de cualquier gesto significativo, lo primitivo se inserta en el tiempo mítico, porque la época mítica no debe considerarse simplemente como un tiempo pasado, sino como presente y también futuro, como un estado y un período. Este período es creador, en el sentido de que fue entonces cuando tuvieron lugar la creación y la organización del cosmos, al igual que la revelación de todas las actividades arquetípicas. Un rito es la repetición del tiempo original” (Eliade, M., *Tratado de la Historia de las religiones*, ob.

cit., pp. 338-339). “¡Qué maravillosa certeza es que la vida de cada persona no se pierde en un desesperante caos, en un mundo regido por la casualidad o por ciclos que se repiten sin sentido!” (S.S. Francisco, *Laudato Si'*, n° 65).

[17] Justino, *Apología.*, 11, 10, 1-3.

[18] Clemente de Alejandría, *Stromata*. VI-VIII (Vida intelectual y religiosa del cristiano), ed. preparada por Marcelo Merino, ed. Ciudad Nueva, Madrid, 2006, VII, 2.

[19] *Ibidem*, *Strom.*, VI, 5.

[20] *Strom.*, VII, 2.

[21] Tomás de Aquino, *S. Th.*, II, II, 2, 7.

[22] Ratzinger, J., *Fe, verdad y tolerancia*, ob. cit., p. 149.

[23] I Jn., 4, 8: “Aunque nada más se dijera en alabanza del amor en todas las páginas de esta Epístola –exclama San Agustín-; aunque nada más se dijera en todas las páginas de la Sagrada Escritura, y únicamente oyéramos por boca del Espíritu Santo «Dios es amor», nada más deberíamos buscar” (In *Epist. Joann. ad Parthos*, VII, 5).

[24] Ratzinger, J., ob. cit., p. 152.

[25] Ratzinger, Joseph, *Fe, verdad y tolerancia*, ob. cit., pp. 80-81.

[26] Gregorio de Nacianzo, *Discursos I-XV*, edición preparada por Marcelo Merino, ed. Ciudad Nueva, Madrid, 2015, V, 2.

[27] Ireneo, *Adversus haereses.*, 4, 38, 3.

[28] Cfr: Forte, Bruno, *La Iglesia de la Trinidad*, trad. al cast. de Alfonso Ortiz García, ed. Secretariado Trinitario, Salamanca, 1996